

LUCES DE BOHEMIA

Ramón María del Valle-Inclán, 1920

UNA AVENTURA SIN HÉROE

Tras declarar incierto el origen de la palabra “esperpento”, la Academia ofrece dos definiciones: “Hecho grotesco o desatinado” y “Persona o cosa notable por su fealdad, desaliño o mala traza.” Luego, añade: “Género literario creado por Ramón del Valle-Inclán, escritor español de la generación del 98, en el que se deforma la realidad, recargando sus rasgos grotescos, sometiendo a una elaboración muy personal el lenguaje coloquial y desgarrado.”

La idea no es nueva. Así es como retrataba El Bosco a sus personajes, a finales del siglo XV y principios del XVI. Así es como los pintó Goya en sus *Caprichos*. Lo que hace Valle es trasladar a la escritura esa forma de mirar, dando origen al esperpento literario. Es decir, describe con palabras la imagen que la vida española reflejaría en los espejos distorsionadores del callejón del Gato: “España es una deformación grotesca de la civilización europea”, dice el protagonista de *Luces de bohemia*. En la misma línea, Bradomín, otro personaje, lamenta que la escena española no sea más que un reflejo ridículo de los clásicos: con “un filósofo tímido y una niña boba” [Hamlet y Ofelia] Shakespeare realizó “el prodigio de crear la más bella tragedia”. Los hermanos Quintero habrían hecho un sainete.

Luces de bohemia fue publicada por la revista *España*, en formato de entrega semanal, entre el 31 de julio y el 23 de octubre de 1920. Cuatro años después se editó como libro, con cambios importantes¹. Sin embargo, tuvieron que pasar cincuenta años antes de que la obra fuese representada en un escenario español. La crudeza con que Valle retrata la sociedad española de la época, el sarcasmo procaz con que alude a sus representantes más poderosos, pero, sobre todo, la permanencia de sus familiares y allegados en el poder político y económico del país, no hizo posible su representación hasta octubre de 1970. Fue en el Teatro Principal de Valencia, dirigida por José Tamayo, con José María Rodero en el papel de Max Estrella y Agustín González en el de Don Latino de Hispalis².

El texto incluye numerosos comentarios no representables que lo hacen parecer más narración que obra teatral: “Un ratón saca el hocico intrigante por un agujero”; “Ante el mostrador los tres visitantes, reunidos como tres pájaros en una rama”; “Aire de cueva y olor frío de tabaco rancio”; “El grillo del teléfono se orina en el gran regazo burocrático”, “El perfume primaveral de las lilas embalsama la humedad de la noche”, “La luna lunera”...

¹ No sólo correcciones o actualizaciones de algunas referencias personales, también la incorporación de tres escenas nuevas: II (la cueva de Zaratustra), VI (el calabozo) y XI (la madre con el niño muerto).

² En marzo de 1963 había sido representada en el Palais de Chaillot, de París.

Luces de bohemia narra las últimas horas³ de Max Estrella, un poeta ciego y bohemio, en su periplo por diversos lugares de “un Madrid absurdo, brillante y hambriento”⁴. La acción tiene lugar en el transcurso de una noche de principios de 1920, dato deducible por la sugerencia irónica de un modernista de que Max podría ocupar el sillón académico que Pérez Galdós ha dejado libre (el escritor canario falleció en enero de ese año). Esta fecha casa mal con la afirmación de Don Latino, que asegura haber ido “a París con la Reina Doña Isabel”, monarca derrocada por la Revolución de 1868, cincuenta y dos años antes. Pero las palabras de este parásito, embustero y traidor son poco fiables. De hecho, Max no tarda en desmentirlas: “¡Si tú no has estado nunca en París!”

La discrepancia entre referencias temporales, presente a lo largo de todo el texto, se debe a que el autor, queriendo dar una visión lo más extensa posible de la España de aquellos años, utiliza la síntesis temporal, procedimiento narrativo que consiste en concentrar distintos acontecimientos en un mismo espacio y tiempo. El obrero catalán asesinado por negarse a ir a la guerra remite a la Semana Trágica, de 1909. Los asaltos a tiendas de comestibles por parte de los trabajadores hambrientos de Madrid, que fueron reprimidos por el ejército con ametralladoras, sucedieron en febrero de 1919. La Revolución Rusa, mencionada en varias ocasiones, tuvo lugar en febrero de 1917. En relación con el reciente fallecimiento de Galdós, se nombra al sargento Basallo, que publicó su libro cuatro años después, en 1924⁵... Ni siquiera la estación del año puede ser fijada sin encontrar alguna referencia contradictoria. Habíamos afirmado que la acción transcurre en enero porque en ese mes murió Galdós. Sin embargo, mientras Max y Latino andan por el paseo, respiran “el perfume primaveral de las lilas”. Y el enterrador dice que “la caída de la hoja siempre trae lo suyo”. ¿Invierno, primavera, otoño? En fin, de lo que no cabe duda es de que la acción discurre en los últimos años de la Restauración⁶.

³ La brevedad es habitual en el teatro de Valle: “En mis obras he procurado reducir los conceptos de espacio y tiempo de tal modo que, desde que empieza la acción hasta que termina, a lo sumo transcurren veinticuatro horas, y a todo lo más, día y medio.”

⁴ “Máximo Estrella es de la casta de Bradomín o Montenegro: está por encima de las convenciones e intereses de la burguesía. Sus valores son otros: prestigio, superioridad intelectual, estética, etcétera, valores desligados de la materia. Max vive en la literatura, en la pura ideología; no estafa, no se apropia del dinero ajeno, vive sólo para brillar, para deslumbrar y admirar a los demás. De ahí su nombre, es una estrella, la máxima, que cuando pasa de ser Mala Estrella a Resplandeciente, se consume como una estrella fugaz.” Domingo Ynduráin

⁵ En la versión de 1920, no se nombraba al sargento Basallo, sino a “don Torcuato el Aceitero”, apodo de Torcuato Luca de Tena. El sargento Francisco Basallo fue uno de los prisioneros de Abdelkrim. Durante su cautiverio, desde 1921 hasta 1923, se encargó de los enterramientos que se producían en el campamento de prisioneros y de recoger aquellos cadáveres abandonados en el campo de batalla cuyos restos aún se pudieran identificar. En ese periodo, mantuvo correspondencia con la gente que demandaba información sobre los restos de algún familiar, lo que le dio cierta popularidad. Pero no fue hasta su regreso, en 1924, que publicó su libro *Mi cautivarío en el Rif*. Parece clara la intención de poner al día algunas referencias. Sin embargo, se nombra como vivo a Mariano de Cavia, que falleció en 1920.

⁶ Aunque la monarquía fue abolida por la Segunda República, en 1931, ya el golpe de Estado del general Primo de Rivera, en 1923, la había privado de poder político.

Igualmente reconocible es la persona que sirvió de modelo a Max Estrella. Se llamó Alejandro Sawa⁷, y fue un poeta amigo de Valle. Bohemio, ciego, casado con una mujer francesa y padre de una hija, vivió las mismas vicisitudes que el protagonista de *Luces de bohemia*, dejando sin publicar su última obra, *Iluminaciones en la sombra*. La impresión que su muerte causó en Valle queda reflejada en la carta que éste dirigió a Rubén Darío: “Querido Darío: Vengo a verle después de haber estado en casa de nuestro pobre Alejandro Sawa. He llorado delante del muerto, por él, por mí y por todos los pobres poetas. Yo no puedo hacer nada, usted tampoco, pero si nos juntamos unos cuantos algo podríamos hacer. Alejandro deja un libro inédito. Lo mejor que ha escrito. Un diario de esperanzas y tribulaciones. El fracaso de todos sus intentos para publicarlo y una carta donde le retiraban la colaboración de sesenta pesetas que tenía en *El Liberal*, le volvieron loco en sus últimos días. Una locura desesperada. Quería matarse. Tuvo el final de un rey de tragedia: loco, ciego y furioso”.

En la obra, Max Estrella muere de frío. Pero detrás de esta evidencia se podrían rastrear varios caminos conducentes al desenlace fatal. La actitud autodestructiva de Estrella no permite descartar el suicidio: aun no siendo un suicida consumado, sí lo es en grado de propósito. Nada más empezar, ya expresa su deseo de abandonar la vida inhalando el monóxido de carbono procedente del brasero. En su visita al Ministro, declara: “Si no fuera un borracho ya me habría pegado un tiro”. Poco después, pide a Don Latino que lo lleve hasta el Viaducto para echar un vuelo juntos. El Ministro no tiene dudas al dictaminar la causa de su decrepitud: “Le ha faltado el resorte de la voluntad”. Collet parece estar de acuerdo: “¡Max, pobre amigo, tú solo te mataste!” Más visceral, Claudinita culpa a Don Latino: “¡Ese hombre es el asesino de papá!” Éste, naturalmente, apunta a otro lado, clamando ante el cadáver: “¡Te has muerto de hambre!” Diferentes opiniones, probablemente todas ciertas. Y la que más, la que profiere el propio poeta al saber que los esbirros han matado al obrero barcelonés: “¡Me muero de rabia!”

⁷ Alejandro Sawa nació en Sevilla el 15 de marzo de 1862, siendo inscrito en el registro civil como Alejandro María de los Dolores de Gracia Esperanza del Gran Poder Antonio José Longinos del Corazón de Jesús de la Santísima Trinidad. A pesar de este nombre, o quién sabe si por hartazgo, con el tiempo Sawa se convirtió en un anticlerical exacerbado. Estudió en Málaga y Granada, se trasladó a Madrid antes de cumplir los 18 años y pasó algún tiempo en París, donde se casó con Jeanne Pourier y tuvo una hija, Helena. En sus novelas abordaba temas nada usuales para la época, como la libertad sexual, el matrimonio civil o el aborto. Sus títulos más recordados son *La mujer de todo el mundo*, *El crimen legal*, *Criadero de curas* o *Noche*, relatos protagonizados por figuras turbias, cuando no abiertamente perversas: aristócratas inmorales, sacerdotes violadores...

De vuelta en Madrid, la penuria lo apartó de la actividad literaria obligándolo a escribir colaboraciones para la prensa. Llegó incluso a ser el negro de Rubén Darío, al que entregó ocho artículos que su, hasta entonces amigo, nunca le pagó. Arruinado, enfermo y ciego, escribió la que consideraba su mejor obra, *Iluminaciones en la sombra*. Tenía la esperanza de que Darío se la publicase, pero el nicaragüense de nuevo le volvió la espalda. Murió arruinado en Madrid el 3 de marzo de 1909. Según declaró Ernesto Bark en una entrevista de Ernesto López Parra (*La Libertad*, 7-XI-1926), “Sawa se suicidó con una inyección de morfina, preparada por él, que le aplicó su mujer sin saberlo.” Valle, que acudió a su velatorio, convenció a Darío para que escribiera el prólogo a *Iluminaciones* y consiguió que se publicara.

El periplo de Max Estrella dura sólo una noche y se representa en menos de dos horas. Pero Valle es lo suficientemente hábil como para hacer que Max y su guía recorran espacios tan dispares como una librería, una taberna, un calabozo, el despacho del ministro de la Gobernación, un café de prestigio, un paseo donde trafican las prostitutas, una calle ensangrentada... Diversidad de ambientes que le permiten exponer todas las denuncias que se propone, denuncias que alcanzan lo divino y lo humano, el rey y el último paria: “¡Los ricos y los pobres, la barbarie ibérica es unánime! ¡Todos! ¿Dónde está la bomba que destripe el terrón maldito de España?”.

Descrito por Don Latino como “un espíritu profundamente irreligioso y volteriano”, Max ya había dejado ver su agnosticismo en su conversación con el Ministro: “No me estaba permitido irme *del* mundo...”, es decir, del único mundo. Un *creyente* habría dicho “de este mundo”, confiando en la existencia de otro, más allá de la muerte. En el Café Colón, Estrella ratifica su descreimiento ante el “farsante” Rubén Darío: “Para mí no hay nada tras la última mueca”. Esta convicción no le impide utilizar expresiones populares de corte sacro, como cuando dice que su mujer es “una santa del Cielo” (así solía Sawa llamar a Jeanne). Después de todo, el lenguaje del esperpento no se aparta de la corriente teatral de principios de siglo (sainete y zarzuela), muy permeable al hablar de la calle por contraposición con el lenguaje pulido de los modernistas.

Otro rasgo que hace de *Luces de bohemia* una obra muy ligada a su tiempo es el número de menciones a personajes de la época: Antonio Maura, Don Jaime de Borbón, García Prieto (también como marqués de Alhucemas), Alfonso XIII, el conde de Romanones, Isabel de Inglaterra, Benlliure, Joselito, Pastora Imperio, Pérez Galdós, Unamuno, Villaespesa, Cavestany, Narciso Díaz, los hermanos Quintero... También están presentes la mitología y la historia anterior: Hermes, Morfeo, Minerva, Pitágoras, Saulo, Mateo, Belisario, Felipe II, Carlos II, Isabel de Borbón, Castelar, Silvela o Manuel Camo. Y, cómo no, la literatura universal: Homero, Shakespeare, Calderón (a través de Segismundo), Victor Hugo, Verlaine o, en otro plano, la experta en ocultismo Helena Blavatsky.

Entre los escritores con presencia física en el escenario, algunos mantienen su propio nombre, como Rubén Darío, Dorio de Gadex y Pedro Luis de Gálvez (uno de los modernistas), mientras que otros son rebautizados, aunque se los identifica fácilmente: el librero Gregorio Pueyo (Zaratustra), Ciro Bayo (Gay Peregrino), Ernesto Bark (Basilio Soulinake)⁸.

⁸ Respecto al incidente ante el cadáver de Sawa, Bark explicó: “Yo no quería que se le enterrase hasta que el cuerpo diese señales de descomposición, porque me inquieta mucho que alguien pueda ser enterrado vivo. Tuve que librar una lucha tremenda con los sepultureros, que querían llevárselo en seguida.” A Bark no le sentó bien la versión de Valle: “Me enteré que Valle-Inclán había publicado en la revista *España* un artículo contra mí [se refiere a la entrega de *Luces de Bohemia* en la que se describe el velatorio], llamándome espía ruso y afirmando que me había opuesto al entierro de Sawa por no sé qué cosas urdidas sólo por su fantasía. Claro que cuando me encontré a Valle-Inclán en la calle, nos pegamos.”

LUCES DE BOHEMIA (RESUMEN)

ESCENA PRIMERA

Guardillón. Max Estrella, poeta ciego y arruinado, tiene una “hermosa barba con mechones de canas”. Su cabeza recuerda la de Hermes.

Desesperado porque su editor se niega a publicar sus crónicas, Max propone a su mujer, Collet, un suicidio colectivo, en el que incluye a la hija de ambos, Claudine. Max pide a Collet que le vuelva a leer la carta del Buey Apis. [El buey Apis, toro sagrado en la mitología egipcia, fue sucesivamente dios del sol, de la fertilidad y de la muerte. Max da este nombre a su editor]. Max: “Pudo esperar a que me enterrasen”. Collet: “Le toca ir delante.” Llevado de la nostalgia, Max cree recobrar la vista: “¡Hay que volver a París, Collet! ¡Hay que renovar aquellos tiempos!”

Entra don Latino de Hispalis, al que acompaña un perrillo sin rabo. Lleva al hombro una carpeta voluminosa, repleta de publicaciones como luego se sabrá, cuando Max le increpe: “Propagas la mala literatura por entregas”. Viene de vender unos libros por encargo de Max. Dice haber obtenido sólo tres pesetas. Claudina lo increpa por estafador y hasta quiere pegarle. Latino sugiere que Max deshaga el trato: “Si te presentas ahora conmigo en la tienda de ese granuja y le armas un escándalo, le sacas hasta dos duros. Tú tienes otro empaque.”

ESCENA SEGUNDA

Cueva de Zaratustra en el Pretil de los Consejos.

El librero, un fantoche “abichado y giboso”, está compinchado con Latino para estafar a Max. Llega otro escritor, Gay Peregrino, que viene de Londres. Los tres visitantes “eran intelectuales sin dos pesetas”. Gay: “Si España alcanzase un más alto concepto religioso, se salvaba”. Max: “Aquí los puritanos de conducta son los demagogos de la extrema izquierda. Acaso nuevos cristianos, pero todavía sin saberlo (...) España en su concepción religiosa, es una tribu del Centro de África”. Gay: “Tenemos que hacer la Revolución Cristiana, con todas las exageraciones del Evangelio”. Latino: “Son más que las del compañero Lenin”. Gay: “Hay que fundar la Iglesia Española Independiente”. Max: “Y la Sede Vaticana, El Escorial (...) Hay que resucitar a Cristo”.

ESCENA TERCERA

Taberna de Pica Lagartos

Max y Latino “se regaban con sendos quince de morapio”. Entra la Pisa Bien, florista, que pide a Max el décimo de lotería que aún no ha pagado. Max se lo devuelve. Latino: “¡Ese número sale premiado!” Chico de la taberna: “Es un capicúa de sietes y cinco”. La Pisa Bien: “¡Que tiene premio, no falla! Pero es menester apoquinar tres melopeas, y este caballero está afónico”. Max: “Estate ahí. Niño, ve a colgarme la capa” [a venderla para pagar el décimo]. La Pisa Bien: “Por esa pañosa no dan ni los buenos días. Pídale usted las tres beatas a Pica Lagartos”. Latino

ensalza a Max como “el primer poeta de España”. Max rehúsa el cumplido: “Yo nunca tuve talento. ¡He vivido siempre de un modo absurdo! Mañana me muero y mi mujer y mi hija se quedan haciendo cruces en la boca” [sin nada que comer].

Entra Manolo, “el Rey de Portugal, que hace las bellaquerías con Enriqueta la Pisa Bien, Marquesa del Tango”. Regresa el Chico, con la cabeza ensangrentada: “Corren por las calles tropeles de obreros”. A él lo ha golpeado “un marica de Acción Ciudadana”. Pica Lagartos: “¡Niño, sé bien hablado! La Acción Ciudadana está integrada por patronos y por los miembros varones de sus familias”. [La Acción Ciudadana era una organización paraestatal que colaboraba con la policía en la represión de huelgas y manifestaciones. Actuó de 1919 a 1923, y fue una más entre las diversas asociaciones “cívicas”, como Defensa Social o Jóvenes Mauristas, formadas por patronos y gente de derechas.] Con las nueve pesetas que le han dado al Chico por la capa, Max paga la consumición y quiere recuperar el décimo, pero la Pisa Bien ya no está en la taberna. Max pide a Latino que lo ayude a encontrarla.

ESCENA CUARTA

Noche. Máximo Estrella y Don Latino de Hispalis, borrachos lunáticos, filósofos peripatéticos, tambalean asidos del brazo por una calle enarenada y solitaria. La luna sobre el alero de las casas parte la calle por medio.

Max tiene frío: “¡Me quedé sin capa, sin dinero y sin lotería!” Frente a la Buñolería Modernista se les une la Pisa Bien: “¡Ya nos juntamos los tres tristes trogloditas!” La chica comenta la última algarada entre los manifestantes y los “Polis Honorarios” (los matones de la patronal): “A alguno le hemos dado mulé”. Max empieza a disponer del dinero que le ha dado el Ministro recuperando el décimo de lotería. De la Buñolería salen “los Epígonos del Parnaso Modernista. Dorio de Gadex, jovial como un trasgo, irónico como un ateniense, ceceoso como un cañí, mima su saludo versallesco y grotesco: “¡Padre y Maestro Mágico, salud! ¡Maestro, usted no ha temido el rebuzno libertario del honrado pueblo!” Max: “¡El épico rugido del mar! ¡Yo me siento pueblo!” Dorio: “¡Yo, no! (...) ¡Maestro, usted tampoco se siente pueblo! Usted es un poeta, y los poetas somos aristocracia. Como dice Ibsen, las multitudes y las montañas se unen siempre por la base”. Max: “Yo había nacido para ser tribuno de la plebe y me acanallé perpetrando traducciones y haciendo versos. ¡Eso sí, mejores que los que hacéis los modernistas!” Dorio: “Preséntese usted a un sillón de la Academia”. Max: “¡Me sobran méritos! Pero esa prensa miserable me boicotea. Para medrar hay que ser agradador de todos los Segismundos. ¡El Buey Apis me despide como a un criado! ¡La Academia me ignora! ¡Y soy el primer poeta de España!” Dorio: “Precisamente ahora está vacante el sillón de Don Benito el Garbancero”. Max: “Nombrarán al Sargento Basallo”.

Dorio, “feo, burlesco y chepudo”, canta a Max los Nuevos Gozos del Enano de la Venta. Llega una patrulla de Soldados Romanos. El capitán Pitito detiene a Max y se lo entrega a un sereno. Llamado por un vecino, el sereno deja a Max bajo custodia de dos guardias municipales, que lo llevan a Gobernación.

ESCENA QUINTA

Zaguán en el Ministerio de la Gobernación. Aire de cueva y olor frío de tabaco rancio.

Dando voces, la cabeza desnuda, humorista y lunático, irrumpe Max Estrella: “¡Traigo una pareja de guindillas! Estaban emborrachándose en una tasca y los hice salir a darme escolta”. Serafín el Bonito, inspector: “¡Queda usted detenido!” Max: “¡Tengo influencia en todos los periódicos!” ¡Conozco al Ministro! ¡Hemos sido compañeros!” Serafín: “El Señor Ministro no es un golfo”. Max: “Usted desconoce la Historia Moderna”. Serafín: “¡En mi presencia no se ofende a Don Paco! ¡Sepa usted que Don Paco es mi padre!” Latino: “¡Señor inspector, tenga usted alguna consideración! ¡Se trata de una gloria nacional! ¡El Victor Hugo de España!” Modernistas: “¡Hay que visitar las Redacciones!”

ESCENA SEXTA

Calabozo. Hay un hombre joven, esposado, con la cabeza llena de sangre.

Entra Max, empujado y tropicado. Preso: “Soy obrero barcelonés. Usted no es proletario”. Max: “Yo soy el dolor de un mal sueño”. Preso: “Parece usted hombre de luces. Su hablar es como de otros tiempos (...) El ideal revolucionario tiene que ser la destrucción de la riqueza, como en Rusia. Hay que hacer imposible el orden anterior. Barcelona industrial tiene que hundirse para renacer de sus escombros con otro concepto de la propiedad y del trabajo”. Max: “Todos los días un patrono muerto, algunas veces, dos... Eso consuela”. Preso: “No cuenta usted los obreros que caen”. Max: “Los obreros se reproducen populosamente, de un modo comparable a las moscas. En cambio los patronos, como los elefantes, como todas las bestias poderosas y prehistóricas, procrean lentamente (...) ¿De qué te acusan?” Preso: “No quise dejar el telar por ir a la guerra y levanté un motín en la fábrica. Me denunció el patrón, cumplí condena (...) Conozco la suerte que me espera: cuatro tiros por intento de fuga. Bueno. Si no es más que eso”. Max: “¿Pues qué temas?” Preso: “Que se diviertan dándome tormento”. Max: “¡Canallas! ¡Y esos son los que protestan de la leyenda negra! Los ricos y los pobres, la barbarie ibérica es unánime. ¿Mateo, dónde está la bomba que destripe el terrón maldito de España?” Preso: “¡Señor poeta!, ¿no ha visto usted una mano levantada?” Llega el carcelero para llevarse al obrero. Preso: “Van a matarme. ¿Qué dirá mañana esa Prensa canalla?” Max: “Lo que le manden”. Preso: “¿Está usted llorando?” Max: “De impotencia y de rabia. Abracémonos, hermano”.

ESCENA SÉPTIMA

Redacción de El Popular.

Don Filiberto, el redactor, recibe a Latino y los modernistas, indignados por la detención de Max. El redactor, que dice desconocer la política del periódico con relación a Seguridad, no oculta su desdén hacia los modernistas: “¡Juventud! ¡Noble apasionamiento! ¡Divino tesoro, como dijo el vate de Nicaragua! Amigo Dorio, el periodista es el plumífero parlamentario. El periodismo es travesura, lo mismo que la política. Son el mismo círculo en diferentes espacios”. Latino pide un cigarro a

Dorio, que se excusa por no fumar. Latino: "Otro vicio tendrá usted". Dorio: "Estupro criadas". Filiberto: "¿Es agradable?" Dorio: "Tiene sus encantos". Filiberto: "Será usted padre innúmero". Dorio: "Las hago abortar". Filiberto: "¡También infanticida!" Dorio: "Un servidor es neomaltusiano". Filiberto: "En España podrá faltar el pan, pero el ingenio y el buen humor no se acaban". Dorio: "¿Sabe usted quién es nuestro primer humorista? Don Alfonso XIII. Ha batido el record haciendo presidente del Consejo a García Prieto".

Suena el teléfono. Mientras Filiberto atiende la llamada, Dorio se sienta en su escritorio y pone los pies sobre la mesa. Filiberto: "¡Esa broma es intolerable! ¿Dónde se ha visto igual grosería?" Dorio: "En el Senado Yanqui". Filiberto no deja de gruñir: "¡Son ustedes unos niños procaces! Para ustedes no hay nada respetable: ¡Maura es un charlatán! ¡Benlliure un santi bon barati! ¡Cavestany, el gran poeta, un coplero! Para ustedes en nuestra tierra no hay nada digno de admiración. ¡Les compadezco! ¡Son ustedes bien desgraciados! Ustedes no creen en nada: son iconoclastas y son cínicos"

El teléfono suena de nuevo. Desde Gobernación informan de que ya ha sido tramitada la orden de poner a Max en libertad.

ESCENA OCTAVA

Secretaría Particular de Su Excelencia. Olor de higueras habanas, malos cuadros, lujo aparente y provinciano. De repente, el grillo del teléfono se orina en el gran regazo burocrático.

Dieguito, el secretario, descuelga y confirma haber dado la orden de liberar a Max. Acompañado del ujier, aparece Max, pálido, arañado, la expresión altanera y alocada. Dieguito: "Amigo Mala Estrella, me habló por usted la Redacción de El Popular. A usted le quieren y le admiran en todas partes". Max: "Quiero que el Ministro me oiga. El Ministro es amigo mío, amigo de los tiempos heroicos. ¡Paco! ¡Paco! ¡Soy un espectro del pasado!" Sale el Ministro: "¿Y ese hombre quién es?" Max: "¡No me reconoces, Paco! ¡Soy Máximo Estrella!" Ministro: "¿Pero estás ciego?" Max: "Como Homero y como Belisario. Es el regalo de Venus". Ministro: "Apenas leo tu firma en los periódicos". Max: "¡Vivo olvidado! ¡Las letras son colorín, pingajo y hambre! Soy ciego, me llaman poeta, vivo de hacer versos y vivo miserable. Si no fuera un borracho ya me habría pegado un tiro". Max exige el castigo de los sicarios que lo detuvieron. Ministro: "¡No estás sin ninguna culpa! ¡Eres siempre el mismo calvatrueno!" Max: "¡Para mí, siempre es de noche! Hace un año que estoy ciego. Dicto y mi mujer escribe pero no es posible. [Mi mujer es] una santa del Cielo, que escribe español con una ortografía del Infierno. Tengo que dictarle letra por letra. Las ideas se me desvanecen. ¡Un tormento!" Max se despide, pero el Ministro lo retiene: "Ya que has venido, hablemos. Tú resucitas toda una época de mi vida, acaso la mejor. ¿Qué fue de tu hermana?" Max: "Entró en un convento [y mis otros hermanos] creo que todos han muerto". Ministro: "Max, en tanto dure aquí, puedo darte un sueldo. ¿Aceptas?" Max: "¡Qué remedio! Conste que lo acepto porque soy un canalla. No me estaba permitido irme del mundo sin haber tocado alguna vez el fondo de los Reptiles". Ministro: "¡Dame un abrazo!" Max: "Toma un dedo y no te enternezcas". Ministro: "¡Adiós, Genio y Desorden! Fernández, acompañe usted a ese caballero y déjele en un coche". Max: "Seguramente que me espera en la puerta mi perro". Ujier: "Quien lo espera a usted es un sujeto de edad". Max: "Don Latino de Hispalis: mi perro". Sale.

Ministro, nostálgico: “¡Querido Dieguito, ahí tiene usted un hombre a quien le ha faltado el resorte de la voluntad! Lo tuvo todo, figura, palabra, gracejo. ¡Sin duda era el que más valía entre los de mi tiempo! ¡Veinte años! ¡Una vida! ¡E, inopinadamente, reaparece ese espectro de la bohemia! Yo me salvé del desastre renunciando al goce de hacer versos. Dieguito, usted de esto no sabe nada, porque usted no ha nacido poeta. Usted ha nacido institucionista, usted no es un renegado del mundo del ensueño. ¡Yo, sí! [Y] creo que lo lamento. (...) Vaya pensando cómo se justifican las pesetas que hemos de darle”. Dieguito: “Las tomaremos de los fondos de Policía”. Ministro : “¡Eironeia!” [ironía, en griego]

ESCENA NOVENA

Café Colón. Divanes rojos. Piano y violín. El compás canalla de la música, las luces en el fondo de los espejos, el vaho de humo flotan en el lívido temblor de los arcos voltaicos. Entran Mala Estrella y Don Latino.

Max: “Mira si está Rubén”. Latino: “Allí está como un cerdo triste”. Max: “Muerto yo, el centro de la poesía pasa a ese negro. ¡Es un gran poeta!” Se acercan a Rubén. Max: “¡Salud hermano, si menor en años, mayor en prez! Vengo aquí para estrecharte por última vez la mano”. Presenta a Don Latino como “un hombre que desprecia la poesía, como si fuese Académico”. Latino: “¡Querido Max, no te pongas estupendo! Siéntate e invítanos a cenar. ¡Rubén, hoy este gran poeta se llama Estrella Resplandeciente!” Luego, Latino increpa a Max: “¡Eres un espíritu profundamente irreligioso y volteriano!” Max: “¿Tú eres creyente, Rubén?” Rubén: “¡Yo creo!” Max: “¿En Dios?” Rubén: “¡Y en Cristo!” Max: “¿Y en las llamas del Infierno?” Rubén: “¡Y más todavía en las músicas del Cielo!” Max: “¡Eres un farsante, Rubén! Para mí no hay nada tras la última mueca”.

Max pide a Rubén que recite alguno de sus versos. El poeta duda antes de decidirse: “Veré si recuerdo una peregrinación a Compostela... Son mis últimos versos. Posiblemente no me acordaré”. Un joven que escribe en una mesa cercana y se presenta como secretario de Paco Villaespesa ofrece su ayuda: “Maestro, donde usted no recuerde yo podría apuntarle”. Darío, se arranca, pero sólo recuerda el final. “Los tres desterrados confunden sus voces hablando en francés. ¡París! ¡Cabaretes! ¡Ilusión! Y en el ritmo de las frases desfila, con su pata coja, Papá Verlaine”.

ESCENA DÉCIMA

Paseo con jardines. La luna lunera. Max y Don Latino caminan bajo las sombras del paseo cuando son abordados por una vieja pintada como una careta y una mozuela pingona.

La Lunares: “¡Ay, que pollos más elegantes! Vosotros me sacáis esta noche de la calle. ¡Mira qué limpios llevo los bajos!” Max: “Soy ciego”. Lunares: “Tócame. Estoy muy dura”. La mozuela toma la mano del poeta y la oprime sobre sus senos: “Pálpame el pecho. No tengas reparo”. La Vieja Pintada se lleva a Don Latino. Lunares: “Vamos a situarnos en un lugar más oscuro. Verás como te cachondeo”. Max: “¡Te ganas honradamente la vida!” Lunares: “Acostarme no me acuesto. Yo guardo el pan de higos para el gachó que me sepa camelar. ¿Por qué

no lo pretendes?” Max: “Me falta tiempo”. Lunares: “Inténtalo para ver lo que sacas. Te advierto que me estás gustando”. Max: “No tengo dinero”. Lunares: “Con pagar la cama concluyes. Si quedas contento y quieres convidarme a un café con churros, tampoco me niego”. Max le acaricia el rostro, tratando de adivinar su fisonomía: “Debes tener quince años”. Lunares: “Esos mismos tendré. Ya pasa de tres que me visita el nuncio. Vamos. Aquí cerca hay una casa muy decente”. Max: “¿Y cumplirás tu palabra?” Lunares: “¿Cuála? ¿Dejar que te comas el pan de higos?”

ESCENA UNDÉCIMA

Una calle del Madrid austriaco después de un enfrentamiento entre ciudadanos y fuerzas del orden. Una mujer tiene en los brazos a su niño muerto, la sien traspasada por el agujero de una bala. Todos dan su parecer. Tabernero: “El pueblo que roba en los establecimientos públicos es un pueblo sin ideales patrios”. Retirado: “El Principio de Autoridad es inexorable”. Albañil: “Con los pobres. Se ha matado por defender al comercio que nos chupa la sangre”. Empeñista: “El comercio honrado no chupa la sangre de nadie”. Portera: “¡Nos quejamos de vicio!” Madre: “¡Verdugos del hijo de mis entrañas! ¡Que me maten como a este rosal de Mayo!” A Max lo sobrecoge este lamento: “¡Me ha estremecido esa voz trágica! Latino, sácame de este círculo infernal. Esa voz me traspasa. ¡Jamás oí voz con esa cólera trágica!” Latino: “Hay mucho de teatro”. Max: “¡Imbécil!” Llega un tableteo de fusilada. El sereno informa: “Un preso que ha intentado fugarse”. Max: “¡Me muero de rabia! Estoy mascando ortigas. Ese muerto sabía su fin. No le asustaba, pero temía el tormento... Latino, llévame al Viaducto. Te invito a regenerarte con un vuelo”. Latino: “¡Max, no te pongas estupendo!”

ESCENA DUODÉCIMA

Rinconada en costanilla y una iglesia barroca por fondo. Don Latino y Max Estrella filosofan sentados en el quicio de una puerta. Remotos albores de amanecida.

Max: “¡Qué frío! ¡Estoy aterido!” Latino: “¡Mira que haber empeñado la capa!” Max: “¡Don Latino de Hispalis, grotesco personaje, te inmortalizaré en una novela!” Latino: “Una tragedia, Max”. Max: “La tragedia nuestra no es tragedia”. Latino: “¡Pues algo será!” Max: “El Esperpento (...) Los ultraístas son unos farsantes. El esperpentismo lo ha inventado Goya. Los héroes clásicos han ido a pasearse en el callejón del Gato. Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el Esperpento. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada. España es una deformación grotesca de la civilización europea. Las imágenes más bellas en un espejo cóncavo son absurdas”. La salud de Max se resiente de frío y aflicción: “No me siento las manos y me duelen las uñas. ¡Estoy muy malo! Llévame a la puerta de mi casa y déjame morir en paz”. Max sufre una alucinación en la que ve su propio entierro. Don Latino, cobarde, se aleja, pero regresa: “Sería un crimen dejarte la cartera encima, para que te la roben. Max, me llevo tu cartera y te la devolveré mañana”. Salen la portera y una vecina. Encuentran el cuerpo de Max. La portera sube para avisar a Collet.

ESCENA DECIMATERCIA

Velorio en un sotabanco. Collet y Claudinita lloran. Dorio de Gadex, Clarinito y Pérez son tres fúnebres fantoches en hilera. Llega Don Latino: “¡Ha muerto el Genio! ¡Ha muerto y no ha muerto! ¡El Genio es inmortal! (...) Te has muerto de hambre, como yo voy a morir, como moriremos todos los españoles dignos! ¡Que caiga esa vergüenza sobre los cabrones de la Academia! ¡En España es un delito el talento!” Collet pide a los modernistas que se lo lleven. Claudinita lo increpa: “¡Le tengo una hinchita! ¡Golfo! ¡No puedo verlo! ¡Ese hombre es el asesino de papá!” Collet: “¡Por Dios, hija, no digas demencias! ¡Max, pobre amigo, tú solo te mataste!” Claudinita: “¡Papá era muy bueno!” Collet: “¡Sólo fue malo para sí!”

Llega Basilio Soulinake, alto, escueto, grandes barbas rojas de judío anarquista y ojos envidiosos, bajo el testuz de bisonte obstinado: “¡Mi amigo Max Estrella no está muerto! Presenta todos los caracteres de un interesante caso de catalepsia”. Sube la portera: “¡Hay bombines y javiques en la calle, y si no me engaño, un coche de galones! ¡Cuidado lo que es el mundo, parece el entierro de un Concejal! ¡No me esperaba yo que tanto representaba el finado!” El empleado del servicio funerario tiene prisa, pero la discusión entre Basilio y la portera sobre si Max está muerto o no hace que Collet dude si debe dejar que se lleven el cuerpo. Tras ponerle una cerilla encendida en el dedo pulgar, concluyen que está muerto.

ESCENA DECIMACUARTA

Un patio en el cementerio del Este. La tarde fría. El viento adusto. Dos sepultureros apisonan la tierra de una fosa.

Sepulturero: “Ese sujeto era un hombre de pluma. Los papeles lo ponen por hombre de mérito”. Sepulturero 2: “En España el mérito no se premia. Se premia el robar y el ser sinvergüenza. En España se premia todo lo malo”. Por una calle de lápidas y cruces, vienen paseando el céltico Marqués de Bradomín, viejo caballero con la barba toda de nieve, y el índico y profundo Rubén Darío. Rubén: “Ni cementerio ni necrópolis. Son nombres de una frialdad triste y horrible, como estudiar Gramática. [En cambio] Campo Santo tiene una lámpara”. Bradomín: “No es más que un instante la vida, la única verdad es la muerte... Y de las muertes, yo prefiero la muerte cristiana”. Rubén: “¡Admirable filosofía de hidalgo español! ¡Admirable!” [Desde su primera aparición, Rubén ha repetido de un modo machacón la palabra *admirable*].

Bradomín: “Max era hijo de un capitán carlista que murió a mi lado en la guerra”. Rubén: “Él contaba que ustedes se habían batido juntos en una revolución, allá en Méjico”. Bradomín: “¡Qué fantasía! Max nació treinta años después de mi viaje a Méjico. ¿Sabe usted la edad que yo tengo? Me falta muy poco para llevar un siglo auestas”. La presencia de los sepultureros les hace evocar la tragedia de Hamlet. Bradomín: “Con un filósofo tímido y una niña boba en fuerza de inocencia, [Shakespeare] ha realizado el prodigio de crear la más bella tragedia. Hamlet y Ofelia, ¡un tímido y una niña boba! ¡Lo que hubieran hecho los gloriosos hermanos Quintero!”.

Camino de la salida, conversan con los sepultureros, “dos filósofos estoicos”, según Bradomín. Rubén va escribiendo algunos versos en un sobre. Bradomín le invita a visitar a un bandolero: “Quiero que usted me ayude a venderle a

un editor el manuscrito de mis Memorias. Se publicarán después de mi muerte. Voy a venderlas como si vendiese el esqueleto”.

ESCENA ÚLTIMA

Taberna de Pica Lagartos. Don Latino, borracho, lamenta haber enterrado al primer poeta de España sin “una cabrona representación de la Docta Casa. ¡Yo he tomado sobre mis hombros publicar sus escritos! ¡Soy su fideicomisario! Y el producto íntegro de todas las obras, para la familia. ¡Y no me importa arruinarme publicándolas! ¡Son deberes de la amistad! Niño, otra ronda”. Pica Lagarto: “Tantéese usted, a ver el dinero que tiene. ¡No sea caso!” Latino: “Tengo dinero para comprarte a ti, con tu tabernáculo”. Arroja un manojo de billetes sobre el mostrador. El Chico se agacha para alcanzar un billete revolante. La Pisa Bien dice que ese dinero proviene del décimo que vendió a Max y reclama la mitad. También Pica Lagartos quiere que Latino pague una supuesta “pella que pasa de tres mil reales” dejada por el difunto. El Pollo del Pay-pay, otro cliente, encandilado por los billetes, se acerca y “deja ver que está empalmado” [armado de una navaja]. También la Pisa Bien abre una navajilla. El Pollo: “Aquí todos estamos con la pupila dilatada, y tenemos opción a darle un vistazo a ese kilo de billetaje”. Pisa Bien: “Don Latí se va a la calle de ganchete con mangué”.

Entra Pacona, vendedora de periódicos, deja El Heraldillo sobre el mostrador y sale pregonando: “¡Muerte misteriosa de dos señoras en la calle Bastardillos!”. Don Latino corre hacia el periódico y lee: “El tufo de un brasero. Dos señoras asfixiadas. ¿Crimen o suicidio?” [Se cumple así la muerte pregonada por Max Estrella en la primera escena] Chico: “¡Aventuro que esas dos sujetas son la esposa y la hija de Don Máximo!” Latino: “¡Absurdo! ¿Por qué habrían de matarse?” Pica Lagartos: “¡Pasaban muchas fatigas! Ahora usted hubiera podido socorrerlas”. Latino: “¡Naturalmente! ¡Y con el corazón que yo tengo!” Pica Lagartos: “¡El mundo es una controversia!” Latino: “Un esperpento!” Borracho: “¡Cráneo *previlegiado!*”

ESCENA

PERSONAJES

| | |
|------------------------------------|---|
| I. Sotabanco de Max | Max Estrella Madame Collet, su mujer Claudinita, su hija Don Latino de Hispalis |
| II. Cueva de Zaratustra | Zaratustra Don Gay, un pelón La chica de la portera |
| III. Taberna de Pica Lagartos | Pica Lagartos Un coime de taberna Enriqueta La Pisa Bien El Rey de Portugal Un borracho |
| IV. Buñolería Modernista | Dorio de Gadex, Rafael de los Vélez, Lucio Vero, Mínguez, Gálvez, Clarinito, Pérez, jóvenes modernistas Pitito, capitán de los équites municipales Un sereno La voz de un vecino Dos guardias del orden |
| V. Ministerio de la Gobernación | Serafín el Bonito |
| VI. Calabozo | Un celador Un preso |
| VII. Redacción de El Popular | El portero de una redacción Don Filiberto, redactor en jefe |
| VIII. Ministerio de la Gobernación | El Ministro de la Gobernación Dieguito, secretario de Su Excelencia Un ujier |
| IX. Café Colón | Rubén Darío Un joven epígono |
| X. Paseo con jardines | Una vieja pintada La Lunares |
| XI. Calle | Un joven desconocido La madre del niño muerto El empeñista, el guardia, la portera, un albañil, una vieja, la trapera, el retirado, todos del barrio |
| XII. Un portal | Otra portera Una vecina |
| XIII. Casa de Max, velatorio | Basilio Soulinake Un cochero de la funeraria |
| XIV. Cementerio del Este | Dos sepultureros El Marqués de Bradomín |
| Última. Taberna de Pica Lagartos | El Pollo del Pay-pay |